

Notas de andar y ver

Jesús Silva-Herzog Márquez

"Los enemigos del libro son de tres órdenes: los inanimados, los animales y los morales. Ejemplo de los inanimados son estos agentes naturales como la humedad, que tantos estragos ha hecho en los depósitos conservados en los subterráneos y plantas bajas de nuestros antiguos conventos. Las hojas se ponen amarillentas, se corroen por las orillas y muestran unas manchas de hongos que acaban por destruirlas. Ejemplo de los enemigos animales, entre otros mil que todos conocen, como la polilla o el 'cupin' del Brasil, es ese gusano del libro cuya mejor descripción está en Aristóteles: 'pequeño escorpión sin cola'. En cuanto a los enemigos morales, que son los hombres, los hay por grosería o negligencia como los que quiebran y 'truenan' los libros empastados, partiéndolos por el lomo para que se abran mejor, los que abarquillan los picos de las páginas para marcar el lugar de su lectura, los que manchan las hojas con los dedos tiznados, etcétera; y los hay por dolo, los que destruyen conscientemente los libros, los que los queman sin percatarse de que se destruyen a sí mismos y dan fuego a la porción más excelsa de lo que ya es naturaleza humana, los 'descivilizados' de ayer y de hoy. Y estos son los más inexcusables de todos." Eso anotaba Alfonso Reyes en *Los trabajos y los días*, uno de los cuadernos que registraban lo que el sabio regiomontano llamaba enfermedad congénita de la pluma: el gotear espontáneo de la tinta.

Fernando Savater publicaba hace unos días, el 9 de enero, un artículo en *El País* sobre dos enemigos políticos del libro: la censura de la ley y el fuego de los terroristas. Los libros, como "artefactos de la intención humana", pueden ser instrumento y amenaza del poder. El filósofo que acaba de publicar un libro sobre los malvados en la literatura y el cine describe dos agresiones recientes al libro que desnudan a sus enemigos. Una librería pronazi de Barcelona es clausurada por orden judicial y otra, en San Sebastián, es detrozada por vándalos de la ETA. El paralelo es notable: excesos y defectos del Estado.

Savater denuncia que, de acuerdo con la legislación europea, ciertas doctrinas políticas, el nazismo entre ellas, son delictivas. Pero, responde el terco heterodoxo vasco, las ideas por muy erradas o nefastas que nos parezcan, no deben ser consideradas delitos. Ciertamente puede haber palabras que matan. Por ejemplo: "¡Apunten! ¡Fuego!" Pero ello es una incitación directa al crimen. No la exposición de una idea. "Lo que debe estar fuera de la ley no es pensar mal, sino exhortar o instruir para que se haga daño. Y me refiero a causar perjuicio físico o cívico, no a ofender al vecino con faltas de respeto o indelicadezas arbitrarias que deben ser respondidas en el mismo tono, pero no prohibidas. Más vale equivocarse por exceso de libertad que por prontitud represiva: los libros deben combatirse con libros, no con leyes." Tampoco con cocteles molotov, como han hecho los fanáticos del país vasco.

Mario Vargas Llosa, que sigue rondando nuestra conciencia política por su célebre definición del régimen mexicano como dictadura perfecta, denunciaba otro contricante de la cultura del libro: la transformación de la librería artesanal en mall, en gigantesco e impersonal supermercado editorial. Vargas Llosa, en un artículo titulado "Librerías y

libródromos" desenrolla su nostalgia por los antiguos libreros, esos amantes de los libros que conocen y orientan a sus lectores, que construyen espacios cálidos e íntimos para lograr ese encuentro milagroso entre lector y libro. Esas librerías, dice el novelista, están en proceso de extinción. Locales inmensos y fríos empiezan a devorarlas. Libródromos, los llama. Sitios en donde "lo que salta a la vista y agrade al comprador por todas partes es el libro basura, el del consumidor pasivo y multitudinario, el idiota pavloviano de apetitos condicionados por la publicidad, en los que es imposible encontrar nada de lo previsible, de los que ha quedado excluida toda pequeña joya exótica de interés particular —esa antigua edición, esa plaqueta rarísima, esa extravagancia impresa de circulación liliputiense— para dejar sitio sólo a lo que consume el mayor número".

En el alegato de Vargas Llosa se trasluce el desprecio que la gente de libros siente por el comercio, como lo ha señalado Gabriel Zaid. La cultura es luminosa, el comercio innoble. "Quisiéramos creer que la cultura y el comercio se excluyen. Que lo culto circula y se adquiere de maneras no comerciales, más cercanas al culto y a lo oculto. Que tiene algo de brebaje iniciático, que se da de beber a los elegidos y se adquiere por grados, bajo control y la garantía de origen de la Iglesia, la Academia, la Universidad, el Estado, el Establishment." Hacerle el feo al comercio masivo del libro, sigue Zaid en *Los demasiados libros* (Anagrama, 1996), es sentir asco por los horrores de la libertad. "Está muy bien sentir que los libros no son mercancía, sino diálogo, revelación, pero no para despreciar el comercio, sino para recordar que, en último término, nada es mercancía."

No comparto la nostalgia de Vargas Llosa. Disfruto, por supuesto, las librerías de viejo, los polvosos cuartos de la calle de Donceles, la sorpresa de un libro agotado que brinca sin anuncio. Pero no la paso mal en esos inmensos establecimientos que el peruano describe como horrorosos disneylandias de la cultura. Border's, por ejemplo, la gran cadena de macrolibrerías que existen en muchas ciudades de Estados Unidos, es un establecimiento maravilloso en donde puede encontrarse una sección abundantísima de periódicos extranjeros, un salón completo de revistas y journals, mesas con todo tipo de novedades, un apartado con libros de editoriales universitarias, estantes amplísimos de ensayo, ciencia, política, filosofía, historia, diccionarios, humor... Lo que sea. Encuentra uno también una sección nada despreciable de libros en baratas espectaculares; una cafetería, discos y videos.

Por otro lado, parece que el grito de alarma de Vargas Llosa es un tanto infundado. Al lado de los libródromos que repudia, subsisten en los Estados Unidos las tiendas de libros usados. En Nueva York, por ejemplo, Strand goza de muy buena salud, un establecimiento que combina las descomunales dimensiones de las macrolibrerías con la calidez de las librerías más tradicionales.

En la Ciudad de México, al lado del éxito comercial de Gandhi y El Parnaso, librerías que siguen creciendo hacia arriba y hacia los lados ofreciendo una colección cada vez más amplia de títulos y editoriales, ha aparecido un establecimiento que cultiva amorosamente el viejo arte del librero. El poeta Agustín Jiménez acaba de celebrar el primer año de su librería "La Torre de Lulio". El local, en la calle de Nuevo León núm. 125-C, en la Condesa, es agradable y abarcable. Los libros son seleccionados con gusto. Por supuesto, la librería está lejos del culto por lo novedoso que domina las tiendas impersonales. Es cierto

lo que dice Gabriel Zaid en su ensayo "Libreros o adivinos": el verdadero libro le interesará a fulano de tal. Este otro a zutano. En "La Torre de Lulio" hay textos nuevos, piezas raras, curiosidades. El gusto de Agustín Jiménez concentra "La Torre" en poesía y literatura. Pero aparecen también ensayo, filosofía y algo de historia. Ahí, gracias a la hospitalidad de su dueño, he podido encontrar, entre otras cosas, la primera edición de las obras completas de Ortega y Gasset, El criticón y El político Gracián, La agonía de Europa, de María Zambrano, la Biblioteca de Clásicos Castellanos.

Termino como empecé: con una cita de Reyes: "Hay mal de libros como hay mal de amores. Quien se entrega a ellos olvida el ejercicio de la caza y la administración de su hacienda. Las noches, leyendo se le pasan de claro en claro y los días de turbio en turbio. Al fin, se le seca el cerebro."